

UNA BUENA COMPRA



Carlos estaba realmente enfadado: ¿Qué pensaban sus padres que podía hacer con 200 €? Empezaba ya a hartarse de la maldita crisis. Todo el día con la palabrita en la boca. Además, los juegos de ordenador eran muy caros y la ropa no era, desde luego, nada barata y, para acabar de arreglarlo, Fernando no podía acompañarlo al cine, porque

debía cuidar a su hermana pequeña y, aunque le había insinuado que fuera a su casa a merendar, la idea de pasar toda una tarde haciendo de “canguro”, pues, la verdad, mucha gracia no es que le hiciera. Así que se inventó una excusa y le dijo que mejor quedaban para otro día.

Ahora, estaba ahí solo, aburrido y enrabietado con padres, hermanos, la familia entera y el mundo entero también y, por supuesto, con la CRISIS de las narices. ¡¡¡QUÉ OPORTUNA!!! y parecía que todo se juntaba. Pensaba ir a dar una vuelta por ahí, a ver si caminando le desaparecía el mal humor; pero el cielo comenzaba a oscurecerse. Unos enormes nubarrones amenazaban con soltar un tremendo chaparrón.

Se acercó a la ventana, a ver si había alguna posibilidad de que aquello fuera sólo pasajero; pero, nada, cada vez se ponía todo más grisáceo. Entonces vio a aquel hombre. Estaba ahí, en medio de la plazuela, con varias alfombras en el hombro, dirigiéndose a la gente que pasaba por allí, cargada con bolsas llenas de regalos (pero ¿no había crisis?) Pues parecía que, a esos, les había tocado el “gordo” con antelación. Carlos comenzó a distraerse de sus preocupaciones contando desde su ventana las veces que la gente movía su cabeza de un lado a otro, negándose a comprar lo que aquella persona le ofrecía. Ya iban doce veces y empezaba a hacer frío de verdad. Él estaba en su casa, a resguardo, casi hasta pasando calor; pero, aquel inmigrante no tenía abrigo: sólo llevaba aquellas alfombras que nadie parecía dispuesto a comprar. Lo más curioso de todo es que, a pesar de las negativas, no lo veía perder su sonrisa nunca, ni rendirse jamás.

Un impulso incontrolado lo empujó a bajar a la plazoleta. Debía hablar con aquel hombre. Cuando llegó, lo primero que vio en su rostro fue la amplia sonrisa con que le preguntó: “¿Me compra una alfombra? Son de Pakistán. Son buenas; no son muy caras” Al menos, eso entendió Carlos, porque no hablaba muy bien español. “¿Cuánto vale?; preguntó Carlos; 100 €, respondió el inmigrante. De pronto, y sin saber muy bien por qué, Carlos le dijo. “de acuerdo, te doy 200 € y te vas a casa, porque hace mucho frío. Vuelve otro día. Ya ves que la gente no parece

querer alfombras hoy”. Pero no era fácil convencer a una persona con hijos a los que alimentar. Además, se negó a aceptar 200 € por una alfombra que valía 100.

Muy bien, pues Carlos podía ser cabezota si se lo proponía y se había empeñado en hacer algo por aquella persona que le estaba dando una lección tras otra: nunca había que rendirse y uno podía perderlo todo; pero, la dignidad jamás. Así que, si no aceptaba limosnas, habría que comprarle las seis alfombras; a ver si, así, se iba a casa con su familia. Y, en ese instante, tuvo una gran idea. Comenzó a comentar en voz muy alta lo maravillosas que eran aquellas alfombras que había comprado. Exactamente como la que la tía Julia le había regalado a la abuela, tras su viaje por la India; sólo que éstas eran mucho más bonitas y muchísimo más baratas. ¡Por lo menos, 500 € más baratas!

Y, entonces, se produjo algo extraño. La gente comenzó a formar un círculo alrededor de los dos: todos querían comprar alfombras tan bonitas. Carlos salió como pudo de entre aquel grupo de gente, que iba en aumento. Tenía dos alfombras, que no necesitaba, y 200 € menos; pero se daba cuenta de que, por extraño que pareciera, tampoco los echaba de menos. Y, en el fondo, sabía que esa Navidad que se acercaba iba a ser especial. Algo dentro de él había cambiado. Dejaba de pensar únicamente en sí mismo y se sentía como si hubiera madurado de golpe. Y, sí, se sentía realmente bien.

Arturo Marco 3º ESO

